

AÑO XXII.—NÚM. 6182

19 DE ENERO DE 1882

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Jueves 19 de Enero de 1882.

EXPOSICION DE ELECTRICIDAD.

—0—

(CONCLUSION.)

Un numeroso público que no ha disminuido durante todo el tiempo que ha estado abierta la Exposición, obligado á hacer una cola de dos horas, para poder entrar, ha sido la prueba más evidente del interés que este misterioso aparato ha inspirado al público de Paris y extranjero. Este apresuramiento estaba justificado, por que la sorpresa era fabulosa al aplicar los aparatos telefónicos al oído y oír cantar á la Kraus el Ayda, y á los demás cantantes, con tanta claridad como si los hubiéramos tenido á nuestro lado: la primera impresión era mirar si efectivamente las notas que vibraban á nuestro oído, de un cantante ó cómico conocido, no era una mistificación engañosa de nuestros sentidos, ó se ocultaba á nuestra vista detrás de los tapices que cubrían los muros de aquel local, porque al considerar la distancia que nos separaba de la ópera, de la ópera cómica ó del teatro francés, solo un misterio inconcebible podía transportar los sonidos musicales á través de tantos obstáculos, y sin embargo, no cabía duda, el fluido misterioso que opera estos milagros es la corriente eléctrica á través de un conductor bien aislado para no recoger por inducción otros sonidos extraños que se produzcan en su camino. Este descubrimiento hay que confesarlo, es una de las mayores maravillas de nuestro siglo tan fecundo en invenciones. La electricidad es el agente del porvenir; y

como en cualquiera forma que la produzcamos y la utilicemos, representa siempre el rayo que nos aterra en noches de tormentas cuando dispone de sus movimientos con libertad: nos maravilla el contemplar que nos auxilia para fines tan completos y admirables cuando está subyugado á nuestra voluntad. Podemos vanagloriarnos pues de haber alcanzado este portento en nuestros días. La dominación del rayo será la gloria de nuestro siglo.

Terminaré por fin esta rápida reseña con el descubrimiento más nuevo y transcendental que encierra la Exposición por que si su desenvolvimiento sucesivo viene á confirmar sus promesas ó á realizar las esperanzas que ha despertado, será el complemento necesario para que la electricidad se apodere sin obstáculo alguno de todas las manifestaciones del trabajo. Nos referimos á los acumuladores Faure cuya aparición entre los eléctricos ha producido tanta sensación. La virtud de estos aparatos consiste en poder acumular la electricidad de tal suerte que permita ser transportada fácilmente al punto que se quiera.

Mr. Faure ha expuesto una instalación en la cual una máquina de vapor mueve las máquinas dinamo-eléctricas Gramme que producen la corriente eléctrica que se trata de almacenar. Los conductores la llevan á una serie de cajas de madera de unos 35 centímetros de largo por 15 cm de ancho y de unos 20 á 25 cm de alto. Dentro de cada caja se halla una plancha de plomo enrollada, pintada de minio y recubierta sus dos caras de fieltro. Este sistema va sumergido en agua acidulada. Los conductores de la máquina Gramme

van á fijarse uno al fieltro y otro al plomo. La corriente eléctrica opera una descomposición química de óxido de plomo que se lleva al máximo y se interrumpe cortando los hilos. En esta disposición la electricidad producida queda, digámoslo así, almacenada dentro de la caja Faure. Cuando se quiere utilizar esta electricidad, basta poner en contacto metálico los conductores de la caja con los carbones de una luz, ó con los de una máquina electro-motriz para verificar la reacción química contraria, ó sea la recomposición de óxido de plomo devolviendo la electricidad acumulada á medida que se reconstituye. Por este principio Mr. Faure expone electricidad en cajas que desarrollan unos 14 kilogrametros durante 42 horas; y en la Exposición se ven estos acumuladores dar luz y movimiento á diferentes aparatos.

Si el rendimiento de electricidad acumulada por este sistema responde á las condiciones económicas que la industria requiere, este invento dará un carácter práctico y de tal utilidad para diversos fines, que será por sí solo capaz de transformar la manera de ser de la industria. En efecto, todas las fuerzas pudieran transformarse en electricidad y transportarse en acumuladores á los centros de población realizándose motores más económicos que los conocidos hasta el día. El viento, el movimiento de las olas y cualquier fuerza intermitente transformada en electricidad y guardada en acumuladores, se podría utilizar de una manera continua en el punto que se quiera y las caídas de aguas permanentes y corrientes de los ríos se transportarían al punto que convenga, de

la misma manera que hoy se lleva el carbon en carboneras, reemplazando los motores de vapor por los eléctricos en aquellos casos en que su costo lo permita ó la circunstancias lo consientan.

Por hoy dejemos al tiempo madurar este problema que si conseguimos resolverlo de una manera satisfactoria, abriremos un horizonte tan vasto y provechoso al bienestar de las generaciones futuras que reinmortalizará el recuerdo de esta Exposición y los nombres de los sabios que tan liberalmente han venido á enriquecernos con frutos de su genio y con el producto de los trabajos y desvelos de vidas enteras consagradas al progreso de la ciencia y al engrandecimiento del espíritu.

Aquí concluyo por que de otro modo no encontraría nunca el momento oportuno de terminar esta pesada epistola y fatigaría demasiado su atención.

Su hijo que le quiere con toda su alma.

JOAQUIN TOGORES.

MARINA.

Resoluciones tomadas por este ministerio.

Concesiones: Que sirva una nueva campaña en la comisión Hidrográfica, el teniente de navio D. José Gomez de Barreda.

Destinos: A la corbeta «Villa de Bilbao», el guardia marina D. Heliodoro Souto y Cuervo.

Destinos: Al apostadero de la Habana, el contador de fragata D. Eulogio de la Lama, que quede sin efecto el viaje á la Habana del contador

—3—

seando hallar una ocasión de manifestárselo, viendo que todavía hay luz en su estancia, se dirige á ella; pero al poner los piés en la escalinata oye la voz del trovador, y lleno de ira se detiene. Leonor ansiosa de hablar con su amante, sale presurosa, y engañada por la oscuridad de la noche, dirige sus amorosas palabras al Conde. En esto sale el trovador, y al verla con su rival cree que aquella le hace traición; más Leonor que ha reconocido en la exclamación del trovador la voz de su amante, abandona al Conde y se arroja á los piés de Manrique. Rabiando de celos el Conde, desafía al trovador y van á batirse á pesar de los esfuerzos que hace Leonor para evitarlo.

PARTE SEGUNDA.

Casa arruinada en la falda de una montaña de Vizcaya: al fondo arde un gran fuego.— Amanece.

Azucena y Manrique están pensativos mientras los gitanos saludando al nuevo día se disponen á emprender su trabajo, bebiendo un vaso de vino que les sirven las mujeres. Azucena canta una canción que hace referencia á la triste muerte de su madre, acabando con las palabras vengame! vengame! Vánse los gitanos, y Manrique pide á su madre que le cuente la funesta historia á que alude aquella canción. Esa historia, le dice, es la de tu abuela que fué quemada en

—6—

acero enemigo, en sus últimos instantes dirigirá á ella su pensamiento, y para él la muerte no será sino precederla en el cielo.

Preséntase Ruiz y hace saber á Manrique que los enemigos están preparando la hoguera para quemar á su madre. A tal noticia manda reunir á los suyos, y después de manifestar á Leonor que la gitana es su madre, corre desalado á salvarla ó á morir en la demanda.

PARTE CUARTA.

Una ala del palacio de la Aljafaría; en el ángulo una torre; una ventana con fuerte reja de hierro.—Noche oscurísima.

Manrique está preso en la torre, y Leonor se presenta acompañada por Ruiz, á quien manda que la deje sola pues tal vez podrá salvarle. Oyense voces dentro que piden piedad por el alma del que va á ser muerto luego, y esas voces fúnebres embargan el aliento de Leonor. Manrique desde la torre se despidió de Leonor, ignorando que ella le oye, y esto mismo hace tomar á Leonor la resolución de salvarle la vida á costa de la suya propia.

Sale el conde con algunos soldados, á quienes manda que al amanecer corten la cabeza al hijo y lleven la madre á la hoguera. Preséntase Leonor, la cual se arroja á sus piés, pidiendo que disponga de su vida,

—7—

pero que salve al trovador. Contéstale el Conde que él quisiera poder hacer cien veces más terrible su suerte, cuanto más ella demuestra que le ama. Leonor le ofrece por fin su mano en cambio de la vida y la libertad del trovador. Acepta gustoso el Conde esta oferta y dá al momento orden para que se suspenda el suplicio. Entre tanto Leonor ha tragado un activo veneno que llevaba encerrado en una sortija.

En la siguiente escena aparecen Azucena y Manrique en un calabozo oscuro, alumbrado por un farol. Ruega Manrique á su madre que procure conciliar el sueño, que parece huye de sus ojos; pero ésta dice que no puede dormir, porque se ahoga en aquel sepulcro de vivos. Por fin consigne dormirse, á instancias de Manrique, nó sin encargarle que si viere encender la hoguera la despierte al momento.

Apenas acaba de dormirse la gitana, ábrese la puerta y entra Leonor, la cual le dice que vá á salvarle, y que huya sin detenerse; pero negándose ella á seguirle, adivina á qué precio ha comprado su libertad, y la rechaza, maldiciendo á su amante. Leonor le dice que ella no puede seguirle, porque vá á morir dentro de pocos instantes, pues antes que ser de otro, ha preferido la muerte, y que con este fin ha tomado un activo veneno, que efectivamente dá fin á su vida en los brazos del trovador y á la presencia del Conde